

# FEOS LINDOS

*Lic. Alejandra Lauría*

*Siempre me he sentido atraído por ese  
tipo de personajes extraños,  
pues así se siente uno en ciertos  
momentos de la vida.*

Tim Burton

Tim Burton te gusta o no te gusta. No hay medias tintas. Te introduce en un mundo gótico, oscuro y fantástico. Con su humor ácido y su estética expresionista crea historias trágicas sin dramatismo. Sus personajes son rápidamente reconocibles: rostros lívidos, ojos desencajados y ojeras profundas. Inspiran ternura y terror. Encarnan lo marginal, lo raro, lo terrorífico y sobre todo lo incomprendido.

En una de esas tardes de encierro por la pandemia se me ocurrió leer algo burtoniano. ¿Necesitaba un terror menos crudo y real del que estaba afuera?

Me recosté en un sillón y acomodé un par de almohadones. Un rayo de sol se coló por una ventana y dio en el medio de las páginas del libro de cuentos *La melancólica muerte de Chico Ostra*. La contratapa adelanta que el autor ofrece, de una manera poética, una asombrosa galería de niños solitarios, adorables y macabros. Que emocionan y hacen reír. Uno de ellos –“El chico robot”– condujo mi mente directo al concepto del conflicto estético de Donald Meltzer.

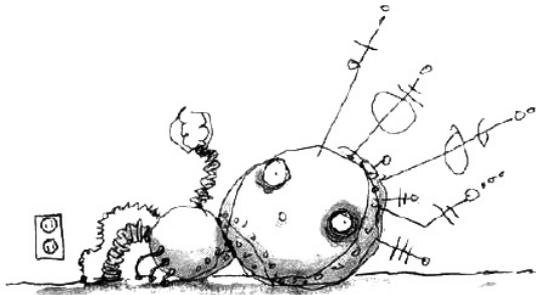
Ahí va el cuento:

El chico robot

Eran gente común los señores Bastida  
Un feliz matrimonio de reposada vida.  
Una tarde les dieron una noticia espléndida  
Que dio al señor Bastida una alegría obstétrica:  
Ella sería mamá... ¡Y él iba a ser papá!

Pero algo había. Algo andaba muy mal.  
No era humano el bebé que una tarde nació.  
No era un bebé-bebé, era un bebé-robot.  
No estaba –ni de lejos– para comérselo.

Tenía la cabeza de material eléctrico.  
No era tibio ni tierno ni cubierto de piel.  
Era pura hojalata, aluminio, oropel.  
Se quedaba tumbado con los ojos abiertos,  
Muy quieto y muy callado, y ni vivo ni muerto.



Pues a decir verdad sólo cobraba cierto  
Ánimo, cierto aliento y aspecto saludable  
Si se enchufaba a la pared con un largo cable.

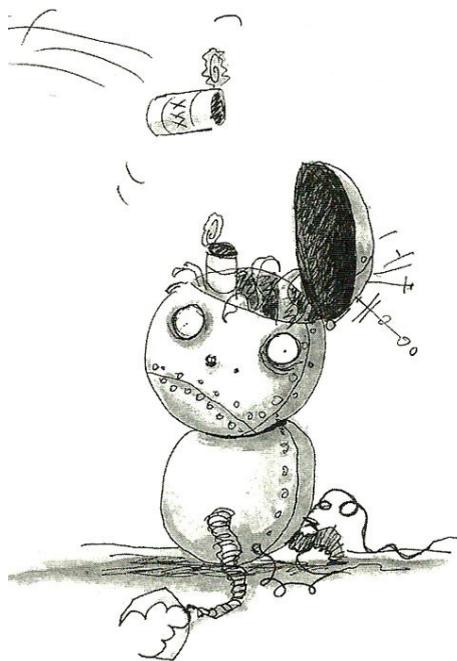
Don Bastida, enojado, le reclamó al doctor:  
“¿Qué le ha hecho a mi niño? ¡Dígame por favor!  
No es de carne ni hueso ni tiene corazón.  
¡Lámina de aluminio! ¡Una simple aleación!”

Dijo el doctor: “Lo que ahora mi boca le dirá  
Le podrá parecer sin duda un gran descaro,  
Pero aún así yo debo decirle la verdad:  
De este niño (quizás niña) tan, tan, tan raro.  
Nos falta aún dos, tres o cuatro sondas  
En las venas y arterias de la sufrida madre,  
Pero el papá es un horno... horno de microondas.”

El matrimonio quedó así hundido  
Y era una eterna disputa espantosa:  
Ella no soportaba a su marido  
Y él sentía un gran odio por su esposa.  
Nunca le perdonó que concubina  
Hubiese sido –en forma poco honrosa–  
De un grasiento aparato de cocina.

Creció el chico robot

Y se hizo mocetón.  
Aunque la gente se confunde y jura  
Que el muchacho es un cubo de basura.



El ilusorio nacimiento de Chico Robot dio en el blanco de mi archivo mental. Inmediatamente pensé en ese mítico primer encuentro del bebé con el pecho de su madre que representa la belleza del mundo y que de entrada lo coloca en una situación de conflicto.

También pensé en la pequeña Claudia<sup>1</sup> que nació con problemas cerebrales. Su analista se reunía de vez en cuando con Meltzer para comentar el material clínico. Meltzer había conocido a la niña unos años antes para brindar su asesoramiento en el diseño del tratamiento médico y terapéutico.

Algunos contenidos del análisis revelan que Claudia no pudo salvarse de ser aplastada por el impacto estético de la belleza de su madre porque experimentó, en carne propia, que la viera como “*una payasita fea*”. Claudia fue atravesada por ese impacto y no le quedaban dudas de que ella había sido “*mal-hecha*”.

La primera vez que Meltzer ve a Claudia estaba en brazos de su madre. A su lado se encontraba el padre. Su cuerpo flojo le daba la apariencia de una muñequita de trapo. Su cara torcida y malformada colgaba como un peso muerto, babeaba y tenía los ojos bizcos. Era impactante el contraste de la beba con la belleza de su madre elegante y delicada.

Claudia despertaba compasión en todos aquellos que la miraban. Su madre, era de esas madres aplicadas que saben seguir las indicaciones médicas sin pausa. También era pura resignación y un poco distante.

Desde muy pequeña, Claudia, fue sometida a varios tratamientos médicos y cirugías que llevaron un poco de alivio a sus problemas físicos. Paralelamente el análisis la ayudaba a comprender ciertas cosas y a conocerse de a poco.

A sus cuatro años no paraba de moverse. Se movía de una manera peligrosamente diskinéica. Pero no se lastimaba.

---

<sup>1</sup> Caso clínico de la Dra. Fortunato supervisado por Meltzer y publicado en *La aprehensión de la belleza*.

Un estado de angustia invadía a quien la observaba tambalearse. Pero ella rara vez se encontraba de frente con la mirada de los otros. Permanecía con la cabeza inclinada hacia un costado. Sin embargo, daba signos de entender lo que sucedía a su alrededor y como podía participaba.

Claudia crecía y su análisis mostraba avances. De las interpretaciones surgía que el problema de Claudia se relacionaba con lo estético. Ella no quería investigar cómo se hacían los bebés. Ella quería saber cuáles eran las diferencias en los métodos de hacer bebés que hacen que algunos sean buenos y bellos y otros payasitos feos y agresivos. Y también quería saber por qué algunos se desmoronan y se rompen y otros crecen bellos y fuertes. No encontró una respuesta adecuada. Pero sí su analista pudo mostrarle a través del trabajo analítico que la belleza de un bebé, de un niño o de un adulto no radica simplemente en lo externo de su ser corporal. Lo que está en su interior también cuenta y es muy interesante aunque no se pueda ver. Cuenta sobre sus progresos y sobre la belleza de su vida cotidiana. Para su analista, Claudia era una bella pequeña paciente en búsqueda de comprensión y conocimiento.

Seguramente, los padres quedaron en shock al conocer la lesión de su hija al nacer y tuvieron que soportar el dolor de la decepción. A medida que fue transcurriendo el tiempo la madre no pudo dar signos de ver una chispa de belleza interior en su niñita malhecha.

Parece ser universal la tendencia de los padres de ver al recién nacido como un objeto estético. Claudia no pudo tolerar el sople estético que recibió de su madre.

La pregunta de Claudia giraba en torno a qué tipo de conjunción de sus padres había hecho “eso que era”. Si ellos

no pueden transmitirle que puede sentirse bella no puede imaginárselo. Solo podrá imaginarse como producto de una conjunción secreta, fea y misteriosa. ¿Acaso el interior del vientre materno no es misterioso? ¿enigmático? ¿y pura incertidumbre?

No quiero terminar sin dejar de compartir los conmovedores pensamientos de Auggie, el protagonista del film *Wonder* (*Extraordinario*, 2017).

Auggie encarna a un niño de diez años que nació con una deformidad en el cráneo y en el rostro producto del **síndrome Treacher-Collins** (un trastorno genético en que ni la piel ni los huesos de la cara pueden desarrollarse normalmente).

Auggie comienza pensando:

*“Sé que no soy un niño común de diez años. No luzco como un niño común. Ni siquiera mi nacimiento fue común.*

*Veintisiete cirugías me hicieron. Me ayudaron a respirar, a ver, a escuchar sin un aparato auditivo y algunas me ayudaron a lucir un poco mejor. Pero ninguna me hizo lucir común.*

*Sé que jamás seré un niño común. Los niños comunes no espantan a los otros niños. A los niños comunes no se les quedan mirando. Algunos niños me llamaban “esperpento”. ¿Por qué soy tan feo? Todos miran, se dan vuelta y vuelven a mirar”.*

*“Si realmente quieres saber cómo es la gente lo único que debes hacer, es saber mirar”*

Tim Burton, Meltzer y Raquel Jaramillo Palacio –la autora de la novela *La lección de August*, llevada al cine como *Wonder*– saben, desde su arte y óptica propia, cómo meterse en ese mundo interno de aquellos, que por diferentes combinaciones del destino, nacieron con una belleza que los hace parecer extraños.

Podemos admitir que una malformación al nacer que desfigura la apariencia de un bebé recién nacido genera un impacto abrumador para todo padre. Pero también, podemos admitir que lo bello no está solamente en lo exterior sino que hay un interior incognoscible por imaginar, descubrir, construir y conocer.

Por más absurda que sea su apariencia vale la pena dar paso libre al brillo de lo raro, lo extraño, lo feo y lo que sale de toda lógica.

## **Bibliografía**

Burton, T. (1999): *La melancólica muerte de Chico Ostra*. Barcelona: Anagrama.

Meltzer, D. y Harris Williams, M. (1990): *“La aprehensión de la belleza*. Buenos Aires: Spatia Editorial.